**Domingo 17º del Tiempo Ordinario (A). 30.07.2017: Mateo 13,44-52.**

***“El reino de Jesús es su tesoro escondido…”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

La ordenación litúrgica nos está permitiendo, con sentido común, leer, pensar, comentar por completo el tercer discurso que el Evangelista Mateo ha puesto en boca de Jesús de Nazaret: *“Y sucedió que, cuando acabó Jesús estas parábolas, se marchó de allí y vino a su tierra y les enseñaba en su sinagoga”*  (Mateo 13,53-54). Este discurso de las parábolas no aparece como tal en ninguno de los otros tres Evangelios. Explícitamente es el tercero, después del discurso llamado de las Bienaventuranzas (Mt 5-7) y del de ‘la misión’ (Mt 10).

En la sinagoga de las gentes de su tierra Jesús sigue enseñando como lo ha hecho con el discurso de ‘las siete parábolas’ y como si se tratara de un sabio y creyente escriba de Israel: *“Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino es como el dueño de la casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo”* (Mt 13,52). Para este Evangelista, este escriba y dueño de la casa es el propio Jesús de Nazaret de quien se está diciendo que es una alternativa blasfema frente a la institucionalización religiosa del magisterio del Templo y de la Ley.

¿Cómo no recordar ahora aquellos reiterados mensajes del primer discurso: *“Habéis oído que se dijo… En cambio, yo os digo”* (Mt 5)? Y, sobre todo, aquella inolvidable síntesis de ese su primer discurso: *“Todo cuanto queráis que os hagan los demás, hacédselo a ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas”* (Mt 7,12). Según estos mensajes tan explícitos, ¿dónde está y vive, según Mateo, el Reino -proyecto o voluntad del Dios Yavé de Israel-? Está claro que en ese ***‘cuanto queráis que os hagan… haced’***. Está dentro de cada uno.

¿No es esta síntesis, que Mateo el Evangelista describe como la enseñanza de su Jesús de Nazaret, el tesoro escondido del buscador (Mt 13,44), la perla preciosa del mercader (Mt 13,45-46) y la red del pescador (Mt 13,47-50)? Esta enseñanza de Jesús se está convirtiendo en lo que denominaba antes la alternativa blasfema a la enseñanza del magisterio de la Ley de Moisés y de la tradición religiosa que mantiene el sacerdocio del templo de Jerusalén.

Cuando la meditación de estos relatos del Evangelio me ilumina la comprensión del mensaje de esta enseñanza atribuida al propio Jesús de Nazaret, entiendo que este Jesús apareciera ante las gentes de su tierra como un extraño, como una nota discordante en la melodía de su Religión, como un hereje… Y todo esto les escandalizaba (Mateo 13,53-58). Escandalizaba entonces. Y ahora y entre nosotros ese ‘cuanto queráis que os hagan… haced’, ¿no escandaliza a tanto magisterio, doctrina, catecismo, doctor y cátedra?

El reino es una semilla (Mt 13,4), un sembrador (13,24), un grano de mostaza (13,31), la levadura de una mujer (13,33), un tesoro escondido (13,44), un mercader (13,45) y una red de pescar (13,47). ¡Qué curiosidad, el reino de este escriba judío blasfemo no es un templo, ni una doctrina, ni un trono, ni un rey, ni un palacio, ni un escudo, ni un sacerdote, ni una cátedra…!

A ti y a mí, si nos descuidamos en estas cuestiones de la religión, nos puede suceder aquello que denunciaba el viejo Isaías de sus paisanos: *“Oír, oiréis; pero sin entender. Mirar, miraréis; pero sin ver, porque tenéis embotado el corazón”* (Mt 13,14-15). El corazón y… ¿¡el cerebro!?

**Domingo 36º del Evangelio de Marcos (30.07.2017): Marcos 10,13-16.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

El texto que he acotado para este comentario que llevamos entre manos del llamado Evangelio de Marcos es muy breve. Por esto y, más, por su mensaje tan central voy a copiar sus cuatro versículos completos: *“Trajeron unos niños a Jesús para que los tocara, pero los discípulos trataban de impedirlo. Al verlo, Jesús se indignó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí. No se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el reino de Dios. Os aseguro que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y Jesús los abrazaba y los bendecía a manos llenas”* (Marcos 10,13-16).

Mateo cuenta esto mismo con alguna variante significativa, dice que a Jesús le presentan los niños con la intención de que les ‘impusiera’ las manos y ‘orara’ por ellos. ¿Acaso este Jesús de Mateo no abrazaba a los niños? (Mateo 19,13-15 y también Mateo 18,1-5). El evangelista Lucas (18,15-17) toma sus decisiones ante este mismo hecho. Como en Marcos, nada dice de las pretensiones de quienes presentan los niños para que Jesús ore por ellos. La pretensión es sólo que los tocara. Pero no sabemos si este Jesús de Lucas toca o no, abraza o no, bendice o no a los niños, como tan intencionadamente puntualiza la narradora de Marcos, María Magdalena, mujer de las sutilezas humanizadoras del abrazo, las caricias y las bendiciones.

Al volver la mirada al relato no puedo olvidar la más sangrante de las coincidencias entre los tres narradores: *la indignación.* Primero, la indignación de los discípulos. Seguramente es la indignación de los ‘llamados DOCE’. Al parecer, no les entra en la cabeza que ‘su’ Mesías, el Jesús de Nazaret, esté para perder el tiempo atendiendo a los pequeños que, como dice el refrán popular, ‘ni pinchan ni cortan’. Está muy claro que no aprendieron a comprender a este Jesús que ya les había enseñado en Galilea qué significaba tocar y dejarse tocar (Marcos 5,25-35). La presencia y cercanía de los pequeños (en Mc 10,13ss) y de las mujeres (en Mc 5,25ss) junto a Jesús indignaba a sus seguidores.

La indignación que señalan los tres Evangelistas, invade también al propio Jesús cuando constata las actitudes y decisiones de quienes caminan a su lado hacia Jerusalén. Es muy probable que las pretensiones de Jesús y de los llamados ‘suyos’ no sean las mismas. A Jesús le indignan sus propios acompañantes, seguidores, discípulos o los DOCE. A todos estos les indigna el atrevimiento de que niños y mujeres sean tan importantes para Jesús de Nazaret al que ansían ver coronado como ‘el Mesías’ que espera Israel frente al poder esclavizador de Roma y la degradación religiosa del poder sacerdotal asentado en el único templo del judaísmo ubicado en su ¿capital sagrada?, Jerusalén.

Este brevísimo relato del Evangelio de María Magdalena sucede mientras Jesús de Nazaret camina con quienes caminan a su alrededor. Contigo, que me lees y meditas, he imaginado este camino como un camino semejante a ese que se recorre como experiencia de senderismo de compañeros o como el camino en etapas que se comienza en una medieval ciudad alemana, por ejemplo, y acaba en Santiago de Compostela. Pero es también el camino de una escuela, sinagoga, madrasa, catedral, cátedra universitaria, noviciado, centro de iniciación, seminario… ¿Imparte ahí este Jesús su especialidad sobre ‘indignación’? ¿Cómo? ¿A quiénes?